

El rey y las castañas

Maria Carme Roca

Una vez, hace ya un montón de años, en un reino muy pobre, vivió un rey tozudo y majadero que se llamaba Roderico. Las tierras de aquel reino eran poco apropiadas para el cultivo y el ganado también escaseaba pero, aun así, la gente no pasaba hambre. La razón era que desde siempre el pueblo había cuidado la enorme extensión de castaños que había en sus bosques. Cuando llegaba el otoño, todo el mundo se ponía muy contento porque sabían que con las castañas tendrían para vivir todo el año.

La gente lo aprovechaba todo de aquellos frutos. La base de su alimentación eran las castañas. Hacían un pan de castañas buenísimo que acompañaban con una deliciosa mermelada de castañas; los pasteles de castañas eran la delicia de los niños; y las abuelas cocinaban unos asados exquisitos con ellas.

Pero el inconveniente era que aunque las castañas fueran muy buenas, les salían por las orejas. Como tenían tantas, las vendían a los pueblos de la comarca y compraban otros productos, pero los vecinos también estaban hartos de castañas, y compraban muy pocas. A pesar de todo, la gente era feliz.

El que estaba más descontento con aquella situación era Roderico, el rey.

—¿Qué hay hoy para comer? —preguntaba cada día.

Roderico tenía la esperanza que, de vez en cuando, algún súbdito apareciera con un plato original y suculento que no fuera de castañas.

Pero, ¡ni en sueños! Un buen plato de castañas lo esperaba en la mesa. ¡Pobre Roderico!

El tiempo pasaba y el rey se iba enfadando y enfurruñando.

—¡Estoy harto de tantas castañas! Incluso se me está poniendo cara de castaña.

Un día, que se levantó con mal pie, decidió que ya había aguantado bastante e hizo llamar a su primer ministro.

—Majestad... —le saludó Severino Sentidocomún, el primer ministro, inclinando la cabeza.

Con sólo mirar al monarca, el hombre, que lo conocía bien, se temió lo peor.

—¡Severino, toma nota! —le espetó el rey en tono solemne—. ¡Quiero proclamar un edicto!

El ministro, tragando saliva, se preparó para escuchar la última tontería que se le había ocurrido a su monarca.

—Muy sencillo: estoy harto de castañas y, a partir de hoy, se han acabado. Es menester que no quede ni un castaño. Ya lo puedes escribir. ¡Date prisa! ¿Qué haces con la boca abierta?

—Majestad, ¿estáis seguro? ¿Qué haremos sin castañas? —dijo Severino, asombrado.

—La madre naturaleza proveerá —respondió Roderi-

co muy satisfecho de su argumento.

Muy pronto, la noticia llegó a todos los rincones del reino, provocando el temor y el desconcierto.

—¿De qué viviremos? —se preguntaban unos.

—¿Qué haremos ahora? —se interrogaban los otros.

Todo el mundo estaba consternado. Y, aunque lo intentaron, ni los ruegos de su familia, ni las quejas del pueblo, ni los consejos del primer ministro, sirvieron para hacerle entender al rey que la suya no era una decisión acertada. Sin otra salida, los soldados reales, obedeciendo las órdenes de su monarca, fueron talando todos los castaños.

Los árboles desaparecieron en pocos días y el pueblo se sumió en la desesperanza. En cuanto se acabaran las reservas de castañas, se verían sumidos en la más horrible de las miserias.

Por su parte, la madre naturaleza, que estaba muy enfadada, se hizo la sorda y no proveyó nada de nada.

En palacio, Roderico, había hecho destruir todo aquello que se pareciera a una castaña. No las quería ver ni en pintura. El problema era que no se había producido ninguna mejora en su dieta. El muy bobo se pensaba que eliminando las castañas cambiaría su menú. ¡Gran equivocación! Ahora, tan sólo comía sopa de perejil. Indignado, hizo llamar a su primer ministro.

—Severino, ¿qué pasa con mi comida?

—Es lo que provee la madre naturaleza, majestad... —contestó con socarronería el ministro.

Al rey no le quedó más remedio que callar. Roderico comenzó a cuestionarse si había hecho bien acabando con todas las castañas. Antes, por lo menos, comía. El caso es que como estaba muy débil y delgado, el rey enfermó gravemente al poco tiempo.

Su médico, Ratasabia, opinaba que lo que tenía era, simple-

mente, un ataque de hambre y que lo que necesitaba con urgencia era un buen plato de castañas. Pero Roderico no quería oír hablar del tema. ¡Castañas, no!, había dicho. Así las cosas, Ratasabia, que no sabía cómo curarlo, avisó a los doctores más famosos de la zona. Nadie encontraba una solución para Roderico. Incluso la familia, ante la situación, se temía un triste desenlace.

Habían perdido ya toda esperanza cuando llegó, de tierras muy lejanas, Sabelotodo, un médico muy entendido. Después de mirarlo, remirarlo y examinarlo de pies a cabeza y de hacerle todo tipo de pruebas, Sabelotodo emitió su diagnóstico.

—¿Qué tiene? ¿Qué le pasa? ¿Por qué está enfermo? ¿Cuándo se curará? ¿Qué podemos hacer? —se preguntaba atropelladamente la familia que aún no entendía cómo Roderico había enfermado. Sabían que estaba un poco loco, pero eso no explicaba su estado, ya que el monarca siempre había disfrutado de muy buena salud y siempre había tenido buen apetito, quizá demasiado.

—Por favor, doctor, explíquenos qué tiene nuestro rey —pidió Severino poniendo punto y final a todo aquel alud de preguntas.

Pavoneándose como una gallina después de poner un huevo, Sabelotodo dijo:

—Muy sencillo, señores. Vuestro rey no tiene más que una *Castanyetis anemiae*, es decir, una grave carencia de castañas en su organismo. Han sido demasiados años comiendo castañas, como para que ahora, de golpe, no coma ni una. ¡Si este hombre no come alguna castaña pronto, morirá!

—¡Oooh! ¡Aaaah! ¡Uuuuh! —exclamaba la familia.

—Es lo que yo decía... —mascullaba Ratasabia.

—¡Ay, ay, pobre Roderico! ¡No tenemos ni una sola castaña! —se lamentaba Severino.

Había que hacer algo y rápido. El primer ministro dictó un edicto pidiendo al pueblo que le

llevaran castañas al monarca. Era un tema delicado. La gente estaba muy enfadada con su rey como para aceptar peticiones de aquel tipo. De todos modos, un rey es un rey y Severino confiaba en la fidelidad del pueblo.

La noticia llegó a todos los rincones del reino, pero la gente, siguiendo el ejemplo de la madre naturaleza, hizo oídos sordos. Ya le darían castañas al rey, ya, pero de las que suenan.

Tomás Espabiladocomounaliebero, un chico que había crecido sano y fuerte gracias a las papillas de castañas, se compadeció del monarca y examinó la situación. Si aparecía en palacio con castañas, quizá el rey le haría cortar la cabeza por haber desobedecido sus órdenes. Pero era un chico con arrestos y nobles sentimientos, y decidió ir a palacio con un pote de conserva de castañas que, por suerte, guardaba del último otoño.

En la corte lo recibieron con todos los honores:

—¡Castañas, castañas para el rey! —gritaban los criados mientras lo acompañaban a la cámara real.

La mejora del rey fue casi inmediata. Al poco de haber ingerido unas cucharadas de aquella exquisita confitura de castañas, le volvieron los colores a la cara.

Entonces, el primer ministro, aprovechó la buena disposición del rey para hablar con él:

—Majestad, si me permitís, quería deciros...

—No digas nada, Severino —le interrumpió Roderico—. Ya me he dado cuenta de que he sido un mentecato y de que no tenía que haber ordenado que talasen los castaños. A partir de mañana volverán a replantarse castaños por todo el reino, aunque sé que tardaremos un poco en poder comer castañas de nuevo.

Todo el mundo celebró el buen criterio del rey, pero Severino quería hacer otra petición:

—Majestad, ¿y mientras crecen los castaños...?

—Está todo calculado, Severino, no sufras.

Sucedió que Roderico vendió su palacio a un rey amigo suyo muy rico. Éste le dio muchas monedas de oro que el sabio primer ministro administró muy bien para poder alimentar a todo el pueblo. Desde entonces, el rey y su familia vivieron en casa de Tomás Espabiladocomounaliebero.

El rey Roderico se volvió muy trabajador y era el primero en cuidar de los bosques.

Por supuesto, pasó mucho tiempo hasta que los castaños crecieron. De ello cuidaron los hijos, los nietos, los bisnietos y todos los descendientes de Roderico.

Y, desde entonces, en aquel reino se han seguido comiendo castañas.